

Radio Nacional y la Cultura

por Sebastián Salazar Bondy

Uno de los organismos estatales al servicio de la cultura que urge reformar, para hacerlo cumplir con los fines para los cuales fue creado, es Radio Nacional del Perú, la emisora oficial. El autor de esta nota no es lo que se llama un radioyente regular de esa u otras estaciones, pero una rápida encuesta entre amigos y personas con las que casualmente trata, le ha procurado un índice de la escasa sintonía que dicha emisora merece por parte de los auditores corrientes. ¿A qué se debe este inexplicable fenómeno, siendo Radio Nacional la única que, por su carácter no comercial, está en condiciones de ofrecer los mejores programas? Probablemente hay varias razones que pueden despejar la incógnita, pero la más importante, tal vez, sea la de que, con un criterio por demás arbitrario, la entidad depende del Ministerio de Gobierno y Policía, y no, como debiera ser, del de Educación Pública. Ante todo, una emisora radial es un poderoso instrumento de ilustración popular.

En nuestro país resulta lógico que toda dependencia del Estado padezca del cáncer burocrático, el cual consiste no sólo en la multiplicación de funcionarios, sino también en la ubicación, dentro de las oficinas gubernativas, de amigos, parientes y allegados de las personalidades influyentes. Cuando esta dolencia hace presa de una institución como la radio, que requiere para su buena marcha esencialmente de técnicos y especialistas, sus efectos no son simplemente económicos. El "enchufismo" redundando en perjuicio de la eficacia funcional de ese medio de expresión. Empleados inútiles e innecesarios y, lo que es quizá peor, artistas y productores de programas meramente aficionados, respaldados además por la recomendación de un diputado o de un ministro, son la peste de las emisoras estatales, y la primera medida de una dirección consecuente tiene que ser desarraigar de la institución esta clase de parasitismo. Elevar la categoría de Radio Nacional será, pues, en primer término, convertirla en un centro de difusión al cual sólo alcancen quienes, por su calidad y méritos, están muy por encima del común de la gente que presume ser estrella de la música, el teatro, la literatura, etc. La selección por la jerarquía, a despecho de los influjos de cualquier origen, prestigiará este organismo de claros objetivos culturales.

Para ello conviene remunerar bien a los artistas que ocupen los micrófonos, desterrando la práctica del "cachueleo", ya que si se llama a alguien es natural que éste acuda a la invitación con todos los honores. Y hay que prescindir, al mismo tiempo, de los espacios concedidos con demasiada benevolencia a sociedades, clubes y círculos, cuya

reducida sintonía está en proporción directa con el insignificante interés que despiertan en la masa de los oyentes. La radio es una forma del periodismo, y así como en un diario o en una revista el material que se publica es aquel que abarca un mayor número de lectores interesados, en una emisora los programas no pueden ser elaborados para que solamente los escuchen grupos limitados de personas, en especial si lo que se difunde no atrae por ser de carácter exclusivo y, sobre todo, baladí. Estar al servicio del país es, como es obvio, estar al servicio de una causa cultural —por ejemplo, afinar la sensibilidad musical o exaltar los auténticos valores del pensamiento nacional y extranjero— o al servicio, por medio de audiciones instructivas y prácticas, del mejoramiento general. En resumen, la misión fundamental de educar no debe ser ajena a Radio Nacional, y al efecto, deben ocupar sus ondas aquellos que están capacitados para asumir esa imposterable tarea, bien retribuidos y bien considerados.

Un país como el nuestro, en donde las comunicaciones son tan difíciles, la radio está señalada a cumplir un papel de integración de primer orden. Una estadística de la UNESCO ha revelado, sin embargo, que el uso de este moderno y efectivo medio de ilustración no ha adquirido en el Perú la importancia que tiene en otras naciones de este continente. Por ahora, debido al bajo nivel de vida de nuestra población, los receptores son objetos de lujo, lo que ya no constituye en más de la mitad del mundo civilizado. Paralelamente a la reorganización de Radio Nacional, es urgente promover una campaña para facilitar la adquisición de aparatos por parte de las masas populares, hasta las cuales, por vivir aún en las tinieblas del analfabetismo, no llega la palabra educadora. La propia entidad oficial, cuando sea dependencia del Ministerio de Educación Pública, puede empeñarse en esta cruzada, tal cual otros despachos gubernativos se encargan de facilitar libros y útiles escolares a quienes no los tienen.

Es de esperar que la emisora del Estado se convierta, en adelante, en el medio de culturización que desde un principio debió ser. Tal como está, aunque no le faltan buenas audiciones, muestra que se halla ausente de su estructura la planificación técnica y que se encuentra librada, como tantas otras cosas, al azar de los vaivenes políticos. Esto, quizá, porque hasta hoy nadie reparó en que — como Radio Sutatenza, de Colombia, cuya labor alfabetizadora asombra al mundo— una estación radial es uno de los más valiosos recursos para fundar la paz y el bienestar públicos.